

J. Andrés Giménez Ávila

Un gran peso de encima

En épocas decembrinas del año 2012 tuve la valiosa oportunidad de viajar con mi familia a la ciudad de Nueva York a celebrar la Navidad. Mi única experiencia en Estados Unidos eran las típicas visitas a McAllen y una que otra escapada a Austin, pero nada más. Al fin supe lo que era rondar las calles de la muy merecida capital del mundo. Era un gentío por doquier. Personas de todas las nacionalidades, hablando idiomas que jamás había escuchado. Noruegos, belgas, alemanes, franceses, latinos, palestinos, en fin, era una convención intercultural; muy cosmopolita. A pesar de todo el constante movimiento, las calles me parecieron bastante limpias. Sus edificios impresionantes; cada cuadra que cruzaba volteaba hacia arriba y me quedaba boquiabierto, embobado con la cantidad y la altura de sus rascacielos. Tuve la fortuna de visitar la estación central y probar los ostiones y la sopa de almeja, acompañada de una rica cerveza. Para la cena de Navidad, mi papá reservó en el famoso restaurante Smith & Wollensky. Años atrás, él había vivido en la ciudad por unos años y recordó haber cenado algunas veces en este lugar. Pedí unas costillas de cordero acompañados de una jalea de menta y una cerveza oscura. Me sentía como un auténtico neoyorkino, viviendo el sueño americano.

Una noche, mis padres decidieron quedarse en un restaurante en el que se habían tomado unas copas de un cóctel de durazno hace varios años para revivir aquellos momentos de goce. Mi hermana y yo decidimos que era la oportunidad perfecta para tener una noche de aventuras fraternas y nos fuimos a pasear por la ciudad mientras dejábamos atrás los límites paternales. Visitamos la tienda de LEGO y de NBC. Dimos el tour de la torre Rockefeller al tiempo que fotografiábamos cada escena. Si no habría sido por su preocupación de la preocupación de mis padres, me habría quedado más tiempo, pero la notaba muy apresurada y no podía dejarla sola, así que salimos en cuanto pudimos. Era medianoche y las calles ya estaban prácticamente vacías, salvo por unos cuantos aficionados al jazz y músicos callejeros. De pronto giro la cabeza hacia la derecha y veo un bulto, lleno de colchas y chaquetas. Era un vagabundo. Se encontraba acostado, tratando de sobrevivir a las bajas temperaturas que caracterizan a la ciudad en esas épocas. Aligeré mi trote un poco. Dudé por unos segundos si debería de ayudarlo. ¿Cómo es que yo puedo gozar de tantos privilegios, y para él todos los días y noches es una lucha para sobrevivir? Nunca se me había presentado esta situación, así que busqué la mejor solución. “Mis padres pueden esperar” pensé. De inmediato me quité mi

chaqueta y la coloqué sobre el bulto. El vagabundo se asustó; seguramente ha tenido malas experiencias con la indiferencia. Pero al tiempo que se dio cuenta de que era para él, me lo agradeció. Le respondí en inglés: “De nada. Feliz Navidad.”

Qué paz y tranquilidad sentí al dar a alguien que lo necesitaba más que yo. Me quité un gran peso de encima. La temperatura estaba a 6 grados centígrados, pero desde ese momento ya no sentí el frío.